



Al mártir y escritor cordobés

SAN EULOGIO

ODA (*)

Si en el lecho de paz en que reposas,
noble ciudad querida,
entre lirios balsámicos y rosas
que el aura llenan de fragancia pura
y guarnecen de mágicos colores
tu nupcial esplendente vestidura,
siempre amada del sol y de las flores:
si en tu pensil risueño
descansando á la margen de ese río
que en gemir á tus plantas pone empeño
miras pasar con deleitoso ensueño
la imagen del antiguo poderío

(*) Premiada con un jazmín de oro con hojas esmaltadas, en los *Juegos florales* celebrados en Córdoba en 15 de Junio de 1878.

con su pompa oriental y su grandeza
y el brillo de tu corte soberana,
y tu gentil belleza
de Damasco y Bagdag altiva hermana,
no serán los acentos de mi lira
los que basten un punto á conmoverte;
mas del ilustre mártir que me inspira
el venerado nombre te despierte.

Su eminente virtud dorado asiento
en el alcázar de la eterna lumbre
le alcanzó: su atrevido pensamiento
llevóle hasta la cumbre
donde el genio creador alza gigante
la poderosa frente:
su alma vive en la esfera rutilante:
su fama gloriosísima resuena
en ecos mil y el universo llena.

Torna un punto la faz... ¡Ah! tienes fijos
en Dios los ojos... pero escucha el canto
de amor con que tus hijos
te quieren saludar, Eulogio santo.
¿No ves cual te veneran?... ¡Te aman tanto!
Si en ese cielo caben
los aplausos del mundo y sus coronas,
deja que te las ciñan, que te alaben,
mientras tú sólo á Dios himnos entonas!

La raza del Profeta
en Córdoba tenía
encantada mansión do el Paraíso
su belleza inmortal y su armonía

bajando al mundo trasladado había.
Claro el sol de la ciencia iluminaba
el cielo de Occidente;
y el arte en formas mil tornasolaba,
cual rosado arrebol que flores miente
sobre nítido azul, su pura frente.

Mas ¿qué es la ciencia humana
con su poder y su absoluto imperio
si en la verdad eterna no se inspira
y al cielo magestuosa no se encumbra?
¡Miserable sombra vana!
¡Frágil lámpara en triste cementerio
que tan sólo á cadáveres alumbró!

No es bella la enramada floreciente,
ni del piélago azul el oleaje,
ni el líquido cristal de limpia fuente,
ni las aves de espléndido plumaje
que el aire bordan en su raudo vuelo,
si á darles brillantez, forma y colores,
no baja un rayo de la luz del cielo!

Así también tinieblas pavorosas
de visiones fatídicas pobladas
se agitan en la mente
si de la Fe las dulces alboradas
y el astro refulgente
de la Razón Divina
con supremo esplendor no la ilumina.

Sólo en Dios la Verdad y la Belleza
eternas viven: plácidas descienden

de su trono inmortal: en Él empieza
el Arte cuyas flores se desprenden
de la celeste altura
donde encuentra los vínculos el hombre
de su gloria, su amor y su ventura.

Eulogio, prez y honor de esta ribera,
la sacrosanta Cruz es la bandera
que animoso enarbolas,
y desdeñando la arrogancia fiera
del tirano musulmán que altivo impera
la inundas de tu sangre con las olas;
tú de todos los mártires delante,
egregio capitán, perenne brillas;
tú los llamas, alientas y acaudillas
mostrando ufano con la luz radiante
que tu numen destella
de aquel mar proceloso en las orillas,
al soplo airado de aquilón tonante
cual faro inmóvil y protectora estrella
el puerto suspirado al navegante.

Y miras con desdén esos placeres
de encantadas mansiones
que recuerdan á Chipre y á Citeres;
los raros amenísimos jardines
que Abril con sus sonrisas engalana:
los bellos, misteriosos camarines,
nidos de amor en rica filigrana;
las fuentes de fantásticas labores
que en espejos de plata trasparente
copian del sol la matizada lumbre;
los palacios de mármol esplendente

cual corona ostentando los fulgores
de la bóveda azul en su techumbre
que al tiempo desafía;
la seda, la vistosa argentería
y el festín en alcázar opulento
do entre joyas y aromas y hermosura
en dorada ilusión se transfigura
el severo y altivo pensamiento.
Los goces todos que el Profeta quiso
conceder á la hueste triunfadora
que sangrientos laureles atesora,
y en su bello profano Paraíso
acumula su mente soñadora
no logran que separes tu mirada
fija en Dios, en su gloria, en su morada.

Cual si escuchases al celeste coro
que ante la faz del Hacedor se inclina
—¡Padre, exclamas, Señor á quien adoro,
que reinas en la esfera cristalina
al eco dulce de las arpas de oro,
monarca eterno de Salem divina!
Por tu inmensa bondad, tu omnipotencia,
tu gloria y santo nombre,
hazme al punto gozar de tu presencia,
supremo bien que prometiste al hombre.
Mira que el dardo fuerte
de tu amor infinito me traspasa
el corazón. ¡Piedad! Venga la muerte
del dolor precedida. Quiero verte.
Por tí, Señor, mi espíritu se abrasa.
Fuego en el alma siento;
y aunque débil y exánime suspiro

é inextinguibles llamas son mi aliento,
á más intenso amor, á más aspiro.
¡Hacer más viva mi pasión intento!—

Una doncella, hermosa
como el rayo de luz que en la mañana
busca su trono en la fragante rosa,
que pinta con amor de nieve ó grana,
arrójase á tus piés con hondo anhelo
y cubierta de aljófares te dice:
—Mi padre blasfemando me maldice,
y el verdugo me sigue vigilante.
Dame las raudas alas con que al cielo
se remonta el cristiano, el carro ardiente
del Profeta que oraba en el Carmelo,
el bravo arranque, el atrevido vuelo,
la mirada del águila potente;
yo en el Dios de Jehovah sólo confío:
del Calvario en la cumbre está la gloria:
bajo tu santa fe siempre, Dios mio,
la tumba es templo y el morir victoria.—

—De tanta fe, respondes, oh Leocrícia;
tus sinceras palabras están llenas
que los cielos te escuchan con delicia
un lugar preparando en las serenas
mansiones donde crecen
divinas azucenas
que al vivo soplo del amor florecen,
donde las almas puras
de las candidas vírgenes se mecen,
en auras de perfumes y dulzuras
alabando al Señor de las alturas.—

La joven te escuchó con alegría;
mas ¡ay! el vil tirano
á quien dá Satanás soberbia impía
te acecha con rencor, vela inhumano,
prepara con afán el corbo acero
y anhelante te busca noche y día
con la rabia del tigre carnicero.
—Venga la muerte—exclamas
tu cuello presentando: el golpe horrible
del verdugo, cual rayo 'prepotente
que baja envuelto en amarillas llamas,
hunde en el polvo tu inspirada frente
del génio nobilísimo palacio,
y el alma sube á Dios: así el aroma
de la oprimida flor en el espacio
las leves alas de las brisas toma
por volar hasta el claro firmamento,
y una blanca bellísima paloma
junto á tu cuerpo vela,
mientras la dulce luna
en las ondas diáfanas riéla
del Betis cristalino,
y al asomar risueña la alborada
se pierde entre su lumbre nacarada
cual del hombre en los cielos el destino.

Orgullosa Mahomet, esa corriente
que lánguida suspira
con la sangre del martir inocente,
la sangre ha de llevarse de tus hijos
rugiendo fiera en rápido torrente.
El porvenir asoma
de signos terroríficos cubierto:

y el huracán que con brioso empuje
arrancó airado el plátano de Roma,
tronchará la palmera del desierto.
La Guerra que entre hermanos
ya su carro flamígero pasea;
la Discordia fatal que en vuestras manos
trémulas pone su encendida tea,
dará fin al poder y á los placeres
de que gozan impuros los Omniadas:
pálidas gemirán vuestras mujeres
perdón pidiendo en lágrimas bañadas:
los palacios, los templos y alminares
montón serán informe de ruínas;
y allí do tiene el Islamismo altares...
¡de eterno oprobio nacerán espinas!

Eulogio, santo martir, ya te miro
al Empíreo volar. Cuando arrebatas
el alma de Leocricia
de los senos del Tártaro profundo
á la cumbre del sol de la Justicia,
entras en la sonora
mansión encantadora
cuyas puertas abrió tu genio ardiente
á María y á Flora;
entras en la luciente
ciudad de Dios: altísimas murallas
de fúlgidos diamantes la circuyen:
los rayos, los volcanes, las batallas
con fuego asolador no la destruyen!

Allí sobre la alfombra
de soles y de estrellas,

donde jamás la sombra
roba su esmalte á las anroras bellas,
te ofrecen, con sus alas
flotando en blancas aromosas nubes,
los ángeles y férvidos querubes
de eterna juventud las ricas galas;
te sonríen las púdicas doncellas,
de Jesús amantísimas esposas,
los mártires te abrazan con ternura
y ufanos ciñen á tu frente pura
guirnaldas de amarantos y de rosas;
y Dios, el infinito Soberano
que en el fuego de amor siempre se inflama,
de su amor y su vida el oceano
sebre tu absorto espíritu derrama.



AL ARCÁNGEL SAN RAFAEL.



Al Arcángel San Rafael

SONETO

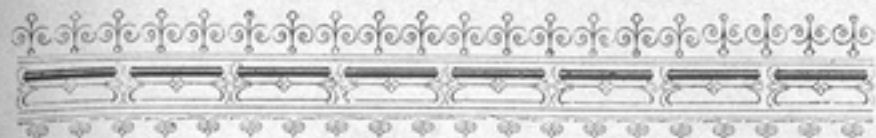
ARCANGEL puro que en sagrado acento
himnos de amor con júbilo incesante
elevas ante el trono rutilante
en que tiene Jehová su tierno asiento;

Pues hiciste solemne juramento
de ser custodio y defensor constante
de Córdoba feliz, donde triunfante
tu imagen brilla serenando el viento,

No permitas que el cielo trasparente
de esa fe que hace siglos la ilumina
se empañe al soplo de aquilón potente:

Si de Dios eres sabia medicina
y apartas de este pueblo el rayo ardiente,
danos la luz de la verdad divina.

LAS DOS ALMAS VIAJERAS



Las dos almas viajeras

LEYENDA RELIGIOSA

I

EN dos miserables camas,
llenos de dolor están
dos enfermos acabando
su vida en un hospital,
uno, lleno de soberbia,
otro, lleno de humildad:
éste levanta á los cielos
con fe su pálida faz
y pide á Dios que le preste
cristiana conformidad,
que le alivie, que le ayude
á morir en dulce paz,
estrechando un crucifijo
sus manos con tierno afán;
mas aquél jura, blasfema
y como sierpe infernal
se retuerce, y su veneno

comunica á los demás.

—¿Qué te sirve ese *retrato*,—
exclama con impiedad,
—de un Señor que no conoces
ni ver esperas jamás?

—Si, espero verle, muy pronto
en la mansión celestial!

Implora tú, caro amigo,
su favor y su bondad,—
repuso el creyente, y luego
con cariñoso ademán,

—compañero: no te burles
añadió—mira que vas
en carro de fuego ardiente
pronto conmigo á viajar.

—Pero vamos á la nada.

—Vamos á la eternidad!

II

Y espiraron.... y al momento
en alas del pensamiento,
subieron hasta el palacio
que colocó su cimiento
fuera del tiempo y espacio.

Y al tocar en el dintel
de la celeste morada,
se echaron una mirada
las dos almas, una infiel
y otra de amor abrasada.

—¡Siento pavor, siento frio!

dijo el alma del impío;

—Dame tu fuego, tu ardor.

—No hay fuego, si no hay amor
al *Divino Esposo* mío.

—¡Oh terrible oscuridad!

Hoy todo me causa enojos.

—Grande fué tu ceguedad!

¿Por qué cerraste los ojos
á la luz de la verdad?

—¿De quién es esta mansión
tan bella y encantadora?

Sus riquezas ¿de quién son?

—Del *Esposo* á quien adora
Rendido mi corazón.

—Es verdad. Ya no lo niego.

Quisiera abrazar su cruz.

Mas ¿cómo á sus plantas llevo

Si estos raudales de luz

me dejan turbado y ciego?

—¡Ay de tí que la luz viste,

y esa luz te daba enojos,

y de sus rayos huíste,

y en tinieblas te envolviste,

y te arrancaste los ojos!

—A fe que quisiera entrar;
mas ¡mira mi desnudez!

—Eres loco singular.

¿Quién viene así á visitar

al gran Rey, al noble Juez?